

manía por hacerse los hombres importantes, por querer regirlo todo! Pero ellos continúan en calma y siguen su camino sin preocupación alguna.

¿A dónde van? ¿Quién se preocupa de ello? Es en verdad vergonzoso que nadie piense en esta cuestión, que, antes bien, se la evite deliberadamente, y aun que se la rechace. ¿Por qué el Señor Dios coloca guardianes en los tejados, sino para que, estando en puntos más elevados, abarquen un horizonte más vasto? ¿A quién incumbe más seriamente este deber que á los jefes de los asuntos públicos? Pero ¡cuán raro es encontrar entre éstos alguien que vea el fin que hay que alcanzar! Precisos son acontecimientos completamente extraordinarios, para que, siquiera por casualidad, se abra paso la verdad hasta ellos; mas, aun en este caso, queda olvidada tan pronto como el momento crítico ha pasado.

Uno de estos momentos fué el memorable día 26 de Septiembre de 1815, en que los tres soberanos de Rusia, Austria y Prusia concertaron la Santa Alianza. Entonces declararon públicamente: «Á consecuencia de los grandes acontecimientos que se han producido en Europa durante los tres últimos años, y principalmente á causa de los beneficios que la Divina Providencia se ha dignado hacer á los Estados, cuyos gobiernos han puesto su confianza y su esperanza únicamente en ella; en la convicción íntima de que es necesario fundamentar la marcha de las potencias, en sus mutuas relaciones, sobre las verdades sublimes que nos enseña la eterna religión del Dios Salvador, declaramos solemnemente que el presente acto sólo tiene por objeto manifestar á la faz del Universo su determinación inquebrantable de no tomar por regla de conducta, ora en la administración de sus Estados respectivos, ora en sus relaciones políticas con cualquier otro gobierno, más que los preceptos de esta santa religión; preceptos de justicia, de caridad y de paz, los cuales, lejos de ser aplicables únicamente á la vida privada, deben, por lo contrario, influir directamente en las resoluciones de los príncipes, y guiar

todos sus pasos como medio único de consolidar las instituciones humanas y de remediar sus imperfecciones... Los tres príncipes aliados no se consideran más que como delegados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia, y confiesan que la nación cristiana, de la cual ellos y sus pueblos forman parte, no tiene en realidad otro soberano que Aquél á quien pertenece únicamente en propiedad el poder, es decir, Dios, nuestro Divino Salvador, Jesucristo, el Verbo del Altísimo, la Palabra de vida. En consecuencia, recomiendan con la más tierna solicitud á sus pueblos como único medio de gozar de esta paz, que nace de la buena conciencia y que es la única durable, que se fortifiquen cada día más en los principios y en el ejercicio de los deberes que el Divino Salvador ha enseñado á los hombres. Finalmente, todas las potencias que quieran confesar solemnemente los principios sagrados que han dictado la presente acta, serán recibidas con tanta solicitud como afecto en esta Santa Alianza».

Desgraciadamente, este memorable llamamiento es único en su género en la historia. Inútil es decir cuales fueron su suerte y su duración.

Y bien, esto nos da, por lo menos, la certeza consoladora de que, en la hora en que surjan graves acontecimientos, la voz de la verdad puede todavía dejarse oír en los pueblos y en los que los gobiernan. Quizás lleguen nuevos días en que se comprendan estas palabras de Heráclito, y se aprecie su exactitud: «Los hombres hacen leyes sin saber sobre qué. Sin embargo, la divinidad ha prescrito su orden á la naturaleza. Mientras los hombres hagan leyes según sus propias concepciones, carecerán de estabilidad estas leyes, aunque estén bien hechas. Pero lo que hace la divinidad, siempre va bien, porque está sólidamente fundamentado». ⁽¹⁾

(1) Heraclit., *Frag.* 96 (Mullach, *Phil. gr.*, I, 328).